

BEN SHAPIRO

EL LADO CORRECTO DE LA HISTORIA

CÓMO LA RAZÓN Y LA DETERMINACIÓN MORAL
HICIERON GRANDE A OCCIDENTE

Traducción de Diego Sánchez de la Cruz



Como sociedad, estamos olvidando que casi todos los sucesos extraordinarios que han tenido lugar en la historia los han llevado a cabo personas que creían en los valores judeocristianos y en el poder de la razón nacido en la Grecia clásica. Estas ideas pueden resumirse en dos nociones relacionadas. La primera, que todos los humanos están hechos a imagen de Dios y la segunda, que los humanos nacen con una capacidad de razonar que les permite explorar el mundo.

Esos valores, cuya historia relata de manera asombrosamente ágil y profunda este libro, permitieron el nacimiento de la ciencia, el sueño del progreso, los derechos humanos, la prosperidad, la paz y la belleza artística. Construyeron Occidente, derrotaron al nazismo y el comunismo, sacaron a miles de millones de personas de la pobreza y les proporcionaron un objetivo moral.

Sin embargo, hoy en día el sectarismo, el hedonismo, el progresismo, los gobiernos autoritarios de izquierdas, el feminismo y el materialismo científico están a punto de echar a perder los logros conseguidos. No debemos permitirlo.

El lado correcto de la historia es, al mismo tiempo, una explicación de los valores judeocristianos y la ley natural griega responsables de la grandeza de Occidente y la mejor defensa que se puede hacer de ellos.

*A mis padres, que me enseñaron que la vida
tiene razón de ser.
A mi mujer, que me enseñó que la vida tiene
significado.
A mis hijos, que me enseñaron que la vida tiene
propósito.*

Introducción

Este libro trata sobre dos misterios. El primero: *¿por qué nos ha ido tan bien?* El segundo: *¿por qué estamos echándolo todo a perder?*

Los seres humanos hemos vivido durante decenas de miles de años en situaciones de franca pobreza, limitados a la mera subsistencia y bajo una continua amenaza de peligro físico derivada de las agresiones de la naturaleza o de otros seres humanos. Durante toda nuestra historia, la vida fue algo duro, desagradable y breve. Tan recientemente como en el año 1900, alrededor del 10 por ciento de los niños que nacían en Estados Unidos morían sin siquiera llegar a cumplir su primer año de edad. En otros países, este porcentaje era aún mayor. Y, por aquel entonces, uno de cada cien partos terminaba con el fallecimiento de la madre.

Hoy vivimos una situación muy distinta. La gran mayoría de las mujeres sobrevive sin problemas al embarazo y al parto. ¡La tasa de mortalidad asociada a dichos procesos ha caído un 99 por ciento!^[1] Por otro lado, la gran mayoría de los niños que llegan al mundo superan la infancia sin problemas y, de hecho, su esperanza de vida sobrepasa las ocho décadas. Vivimos, pues, en una época en la que la gran mayoría de la población de Estados Unidos reside en casas con calefacción y aire acondicionado, con neveras llenas de alimento, con un coche en el garaje y con uno, o varios, televisores. La tecnología nos permite permanecer conectados con personas que están a miles de kilómetros de distancia. Tenemos acceso a cualquier tipo de información con apenas presionar unas pocas teclas en nuestro teléfono o nuestro ordenador. Podemos enviar dinero a cualquier

rincón del planeta o comprar y recibir en la comodidad de nuestra propia casa todo tipo de bienes fabricados en países lejanos, cuyo precio es una fracción de lo que hubiésemos pagado hace décadas.

Y a todo ese bienestar material hay que sumarle las muchas libertades de las que también disfrutamos. Si un bebé nace en Estados Unidos, lo normal es que jamás sufra la esclavitud, la tortura o el asesinato. Cualquier adulto puede desarrollar su vida con normalidad, teniendo además la certeza de que no irá a prisión por sus opiniones o su credo religioso. El empleo disponible está abierto a gente de toda raza o género. No hay reglas ni leyes que favorezcan a ningún grupo o colectivo. Podemos vivir con quien deseemos, tener tantos hijos como podamos o abrir todo tipo de actividades empresariales. Además, lo normal es que, en el momento de nuestro fallecimiento, tengamos un nivel de riqueza mayor que en nuestros años de juventud.

No vivimos en un mundo perfecto, pero sí vivimos en el mejor mundo que hemos conocido. De modo que hay un primer misterio que debemos aclarar. ¿Cómo fue posible todo esto? ¿Qué es lo que cambió? Y, en segundo lugar, debemos resolver otra cuestión aún más importante. ¿Por qué lo estamos echando todo a perder?

Los niveles de suicidio son los más altos en muchas décadas. El alcance de la depresión es cada vez mayor. Las muertes por sobredosis de drogas superan ya los fallecimientos derivados de accidentes automovilísticos. Cada vez hay menos matrimonios y nacen menos niños. Gastamos más dinero que nunca en comprar bienes o servicios lujosos, pero cada vez los disfrutamos menos. Las conspiraciones se abren paso en el debate público, desplazando a la razón y dejando que percepciones subjetivas tomen el lugar que antaño estaba reservado a la mera observación objetiva de los acontecimientos. Ya no importan tanto los hechos como los sentimientos. En vez de vivir en una socie-

dad que funciona en torno a la lógica, vivimos en una sociedad basada en la autoestima.

Estamos, además, más divididos que nunca. En las encuestas a pie de urna celebradas durante la votación presidencial de 2016, sólo el 43 por ciento de los votantes tenía una opinión favorable de Hillary Clinton, mientras que en el caso de Donald Trump dicho porcentaje era aún menor, del 38 por ciento. Si se preguntaba por la honestidad de ambos candidatos, el resultado era de apenas un 36 y un 33 por ciento, respectivamente. El 53 por ciento decía que se sentiría preocupado o asustado si Clinton fuese presidenta, mientras que el 57 por ciento decía lo mismo ante la perspectiva de una victoria de Trump. Nunca antes se había celebrado una elección con dos candidatos tan impopulares frente a frente.^[2]

Pese a todo, ambos recibieron el voto de millones de personas. No sólo eso: gente que abiertamente reconocía sus diferencias o discrepancias con el candidato al que habían apoyado se lanzaban a atacar con dureza a todo el que hubiese optado por su adversario. Las diferencias electorales rompieron amistades y lazos personales. En julio de 2017, Pew Research encontró que el 47 por ciento de quienes se consideran progresistas y demócratas decían que les costaba imaginar la posibilidad de seguir siendo amigos de alguien que hubiese votado por Trump. Entre los republicanos, el porcentaje de personas que decía lo mismo de quienes hubiesen apoyado a Clinton era del 13 por ciento, pero puede que, si Trump hubiese salido derrotado, este porcentaje fuese mucho mayor. Por otro lado, el 47 por ciento de quienes votaron por Clinton dijeron que absolutamente ninguno de sus amigos había votado por Trump. No sólo eso: el 68 por ciento de los demócratas afirmaba que le parecía «estresante» y «frustrante» hablar con personas que simpatizasen con el Partido Republicano, mientras que un 52 por ciento de los republicanos opinaba lo mismo cuando se les planteaba el escenario inverso.^[3]

Todo esto va más allá de las meras diferencias políticas. También ha desaparecido la confianza en nuestras instituciones. Las encuestas de Gallup muestran que la confianza media en las catorce instituciones más importantes se sitúa en el 32 por ciento. Sólo el 27 por ciento de los estadounidenses confía en los bancos. La confianza en los medios de comunicación es de apenas un 20 por ciento. En el caso de la religión, sólo llega al 41 por ciento. Si se pregunta por el Gobierno, el resultado es de apenas un 19 por ciento. Y, en cuanto al sistema sanitario, el grado de confianza expresado por los estadounidenses sólo llega al 39 por ciento.^[4] Ocurre algo parecido cuando analizamos la confianza en las escuelas públicas (30 por ciento), las grandes empresas (18 por ciento) o el Congreso (9 por ciento).^[5] Los datos son algo mejores en el caso de la policía, pero este porcentaje lleva también una década bajando, especialmente entre los demócratas.^[6] Lo único en que aún parecemos mantener un alto grado de fe es en el Ejército, lo que tiene sentido puesto que son los militares quienes se encargan de nuestra defensa.^[7]

Peor aún, si cabe, es la desconfianza mutua que se observa en nuestra sociedad. En 2015, sólo el 52 por ciento de los estadounidenses decía confiar en todos o en la mayoría de sus vecinos. Entre la población negra, el resultado es del 31 por ciento, mientras que entre los hispanos se alcanza un 27 por ciento. Sólo el 46 por ciento de los estadounidenses pasa al menos una noche al mes con alguno de sus vecinos, frente al 61 por ciento que tenía esta práctica en el año 1974.^[8] Otro sondeo de 2016 muestra que sólo el 31 por ciento de los estadounidenses considera que «se puede confiar en la mayoría de las personas».

En cuanto a nuestra democracia, cada vez hay más insatisfacción con ella. Una encuesta publicada en octubre de 2016 mostró que el 40 por ciento de los estadounidenses dicen haber «perdido la fe» en la democracia americana,

mientras que un 6 por ciento declara que nunca tuvo confianza alguna en el sistema. No es de sorprender que sólo el 31 por ciento tuviese claro que aceptaría sin dudarlo los resultados de las elecciones en caso de que perdiese su candidato. Por otro lado, un 80 por ciento de los encuestados dijo considerar que Estados Unidos está más dividido hoy en día que nunca antes su historia. ¡Que nunca antes en su historia!^[9] Parecería que nunca sufrimos una guerra civil, ni unas leyes de discriminación racial, ni una oleada de terrorismo...

Esta polarización tan brutal parece haber llegado a todos los ámbitos de nuestra vida. No podemos ver un partido de fútbol americano sin que salte la polémica de los jugadores que protestan mientras suena el himno nacional. Tampoco podemos ver un programa de televisión sin entrar en debates sobre la representación de las mujeres. Incluso en las iglesias surgen discusiones políticas. Cada vez nos peleamos con más dureza y crispación por cuestiones pequeñas. Cuanto más frívolo sea el tema, más duros son nuestros enfrentamientos.

¿Qué es lo que nos ha pasado?

Aquí van algunas explicaciones de uso común.

Hay muchas voces que vinculan este proceso de desintegración social y política al aumento de la desigualdad económica. Se dice que las diferencias de renta han generado niveles de conflicto nunca antes vistos en la sociedad americana. Según este relato, muchos estadounidenses se sienten desesperanzados ante el avance de la globalización, puesto que consideran que se están quedando atrás en la carrera del progreso y que sólo a través del proteccionismo y la redistribución se podrán curar esas heridas. Según este discurso, el 1 por ciento de mayores ingresos se desarrolla de forma completamente separada al 99 por ciento restante, las ciudades están dejando atrás al campo

y el empleo de *cuello blanco* sigue una senda mucho más favorable que el de *cuello blanco*.

Este reduccionismo económico parece equivocado. La clase media-alta estadounidense aglutinaba sólo al 12 por ciento de la población en 1979, pero ese porcentaje ya era del 30 por ciento en 2014.^[10] La movilidad en materia de renta se mantiene constante desde los años setenta.^[11] Hemos vivido situaciones económicas mucho más difíciles que las presentes. Mientras se escriben estas líneas, el paro es de apenas un 4 por ciento y la bolsa está alcanzando niveles récord de cotización. La Gran Depresión terminó en 2009 y, desde entonces, la economía ha crecido de forma cada vez más acelerada. Los cambios económicos son, por otro lado, un elemento normal en la vida de cualquier país, pero la tendencia histórica apunta a un progreso generalizado entre todos los grupos de población. La clave que explica nuestra división social no está, pues, en nuestros bolsillos.

¿Será, entonces, la cuestión racial? En este sentido, nuestros conflictos políticos podrían ser el reflejo de problemas subyacentes que existen en la sociedad y que se visibilizan a través de la acción política. Ta-Nehisi Coates ha sugerido con entusiasmo que Barack Obama era «la mejor, y la última, esperanza de la América negra». Frente a ese «campeón de la imaginación negra, de los sueños negros y de las posibilidades negras», Donald Trump representaría «la revancha de la América blanca».^[12] Coates considera que «para Trump, lo blanco ni es teórico ni simbólico, sino que es la raíz misma de su poder». En este sentido, «Trump no es un caso aparte pero, mientras que sus antepasados asumían la blancura como un talismán ancestral, en su caso ha optado por abrir ese brillante amuleto y liberar sus enormes energías».^[13] Como consecuencia, «los americanos negros han quedado sujetos a una carrera en la que el viento sopla en su contra y los perros siempre corren detrás de

ellos, pisándoles los talones [...]. El saqueo de la vida negra arrancó en la etapa infantil de nuestro país y se ha reforzado a lo largo de la historia.

Ahora, el saqueo de la América negra es ya una herencia, una inteligencia, un sentimiento y un estado habitual de las cosas al que siempre acabamos volviendo, casi con la inevitabilidad de la misma muerte».^[14]

El escenario inverso a la perspectiva que dibuja Coates nos llega cortesía del movimiento racista de la *derecha alternativa*, que acepta esta forma de caracterizar la política pero opta por analizar la situación del revés, presentando una América atropellada por las minorías raciales y sus políticas identitarias. A esa derecha alternativa le gusta esta caracterización de la América blanca como una fuerza poderosa. Richard Spencer declaró a Thomas Chatterton Williams en una entrevista para el *New York Times Magazine* que este tipo de planteamiento le genera «confianza», porque considera que tal consideración «facilitará la conversión de muchos izquierdistas».^[15] Bajo su perspectiva, el mundo está sumido en una guerra racial, sólo que la naturaleza del conflicto sería la versión opuesta de lo que describe Coates.

Pero la división racial no puede explicar esta crisis. Siempre han existido tensiones de este tipo de Estados Unidos. Nuestro país vivió largas épocas de esclavitud. Luego llegaron las leyes de Jim Crow que codificaban la discriminación racial. ¿Acaso hoy tenemos una situación peor que entonces? Lo cierto es que, en realidad, tenemos una sociedad más igualitaria en el terreno racial que nunca antes en nuestra historia. En 1957, sólo el 4 por ciento de los estadounidenses apoyaba los matrimonios entre personas de distintas razas, mientras que ese porcentaje alcanzó el 87 por ciento en 2013.^[16] Ese mismo año, el 72 por ciento

de los americanos blancos consideraba que las relaciones entre distintas razas estaban en un buen momento, mientras que el 66 por ciento de los americanos negros decía lo mismo. Estos porcentajes se habían mantenido relativamente estables desde 2001. Pero, en un corto espacio de tiempo, esas batallas raciales se han recrudecido, con un renovado tribalismo y extremismo. Así, en julio de 2016 encontramos que el porcentaje de estadounidenses que considera que las relaciones entre distintas razas atraviesan un buen momento ha caído al 53 por ciento. De hecho, un 46 por ciento opina lo contrario y valora la situación actual como mala.^[17] Sin duda, se ha producido un cambio a peor, pero no parece realista vincular todo el declive socio-político a un repunte del racismo.

Hay otra tesis que ha ganado terreno en los últimos tiempos y que señala que la tecnología tiene mucho que ver con nuestra creciente división. Las redes sociales nos estarían alejando más que nunca a los unos de los otros. Vivimos cada uno en una *burbuja* de contenidos que nos permite relacionarnos con gente que se parece a nosotros o seguir a referentes que defienden nuestras ideas. En paralelo, cada vez hacemos menos vida social y, cuando lo hacemos, trasladamos esa experiencia virtual a la realidad y demostramos ser incapaces de ver a aquéllos con quienes no estamos de acuerdo como nuestros hermanos o hermanas. Mustafá El-Bermawy, de *Wired*, sugiere que «desde nuestro muro de Facebook hasta nuestras búsquedas de Google, la experiencia que tenemos en la red es cada vez más personalizada, de modo que internet se va llenando de islas que están cada vez más separadas las unas de las otras [...]. Si no nos damos cuenta de esta situación, acabamos asumiendo una visión de túnel».^[18]

Esta teoría es, sin duda, atractiva. Pero los investigadores consideran que no hay demasiada evidencia que la respalde. Distintos economistas de las universidades de Stanford y Brown encuentran que la polarización política se está

dando con más fuerza entre grupos demográficos que presentan un *menor* uso de internet y sus redes sociales.^[19] La polarización, pues, está por encima de fronteras tecnológicas o de cualquier otro tipo.^[20]

Y, por último, también hay quienes presentan un argumento más básico y esencial. Según su forma de valorar las cosas, la verdadera naturaleza humana es, precisamente, la que estamos conociendo. Somos seres tribales, posesivos y complicados. Durante un cierto tiempo hemos suprimido esos instintos, al calor de la llamada Ilustración. Jonah Goldberg escribe en *Suicide of the West* («El suicidio de Occidente») que tal logro fue «un milagro».^[21] Steven Pinker, autor de *En defensa de la Ilustración*, sostiene que dicho periodo supuso un cambio radical, capaz de catalizar el desarrollo de la ciencia, el humanismo, la razón y el progreso. El pensamiento ilustrado reemplazó irracionalidad con racionalidad, dejando como efecto la creación del mundo moderno.^[22] Goldberg considera que tales ideales van contra la naturaleza del ser humano, de modo que la disolución que estamos sufriendo no sería más que la reversión hacia un estado tribal y reaccionario de nuestra naturaleza. Pinker suscribe también esta tesis.

Pero esta explicación no explica por qué, entonces, fue posible que emergiese la sociedad moderna. Si la naturaleza humana no es compatible con el liberalismo, el capitalismo, el humanismo o la ciencia, ¿cómo es posible que tales ideales hayan florecido? Por otro lado, si tal progreso no era sostenible con nuestra verdadera forma de ser, ¿por qué el derrumbe de estas poderosas fuerzas se produce ahora y no en cualquier otro punto de los dos últimos siglos?

En mi opinión, ambas preguntas están íntimamente relacionadas. Este libro argumenta que la civilización occidental, con sus valores, su razón y su ciencia, se construyó sobre bases muy sólidas que, lamentablemente, hemos olvi-

dado, dando pie al desplome progresivo de lo mejor de nuestra civilización.

¿Por qué empecé a escribir esta obra? En gran medida, porque considero que tenemos pruebas suficientes de que estamos destrozando nuestro mundo y nuestra convivencia. Esta certeza me resultó especialmente evidente en una fecha concreta: el 25 de febrero de 2016.

A finales de 2015 empecé una gira de conferencias que me llevó a distintas universidades. Mi primera parada fue la Universidad de Missouri. El centro había vivido una serie de protestas estudiantiles que recibieron una amplia cobertura mediática. Algunos jóvenes denunciaban un supuesto clima de discriminación y hostigamiento hacia las minorías. Todo se enmarcó dentro del movimiento Black Lives Matter («Las vidas negras importan»).

El malestar hizo, por ejemplo, que el equipo de fútbol americano de la universidad se negase a disputar un encuentro oficial. Para intentar frenar esta deriva, los responsables de la universidad investigaron una serie de denuncias pero, tras estudiar estos incidentes aislados, encontraron que muchas de estas quejas no estaban sustanciadas. Pero las protestas continuaron. Algunos estudiantes se declararon en huelga de hambre y otros iniciaron una acampada reivindicativa. Los jóvenes intentaron vetar la entrada de periodistas. Una profesora, Melissa Click, protagonizó un triste incidente al pedir a algunos de los estudiantes que protestaban que usasen la fuerza para sacar del campus a los alumnos de la facultad de periodismo que querían cubrir lo que estaba pasando.

Cuando llegué al campus, pronuncié el discurso sin necesidad de ningún tipo de seguridad. En apenas una semana, la charla había recibido más de medio millón de visitas en internet. Durante mi ponencia, defendí que todas las personas que tienen un buen corazón quieren combatir el

racismo, pero reivindicué también que lanzar acusaciones vagas sobre el «racismo institucionalizado» o los «privilegios blancos» sólo contribuye a contaminar el debate, generando más división y oscureciendo los episodios aislados que sí se pueden dar y que deben ser condenados. Todo fue bien, salvo por una falsa alarma antiincendios con la que unos pocos intentaron boicotear el acto. La charla concluyó sin problemas y los estudiantes participaron con entusiasmo e interés en una larga sesión de preguntas y respuestas.

Tres meses después llegó mi crudo despertar.

Esta vez, tenía previsto dar un discurso para la Young America's Foundation en el campus de Los Ángeles de la Universidad del Estado de California (UCLA). Dos semanas antes del evento, empezaron a llegar rumores de posibles actos de boicot. Una semana antes del discurso, el rector de la universidad nos comunicó que el evento quedaba cancelado. Sin embargo, consideré que tal anuncio suponía una clara violación de la Primera Enmienda de la Constitución y, teniendo en cuenta que la universidad es pública, decidí anunciar que me presentaría en el campus según lo previsto.

Mi socio, Jeremy Boreing, insistió en que acudiese con un equipo de seguridad, pero me mostré escéptico ante tal posibilidad. Al fin y al cabo, nunca antes había necesitado ningún tipo de protección en mi actividad pública. ¡Estábamos hablando de un campus universitario en Los Ángeles, mi ciudad natal, no de una zona de guerra! Pero Jeremy insistió en contratar seguridad y, gracias a Dios, no se lo impedí.

El día en que se celebró el evento, el equipo de seguridad empezó a detectar rumores de brotes de violencia en el campus. Una hora antes del evento, el presidente anunció que no impediría el acto y que la policía llegaría a la universidad para proteger la celebración del evento. Cuan-

do llegamos a la UCLA pudimos ver que incluso había helicópteros sobrevolando el campus.

Llegamos en coche al aparcamiento que se ubica detrás del auditorio. Varias docenas de policías uniformados formaron un cordón de seguridad y me llevaron rápidamente a la puerta trasera del auditorio. Mi reacción fue de asombro ante todo lo que estaba ocurriendo. Pero las precauciones no terminaron ahí. Al llegar a la sala de invitados me encontré con otra docena de policías movilizados para el acto.

Al parecer, cientos de estudiantes estaban protestando contra el evento y habían formado un pasillo que impedía la entrada al auditorio. Algunos violentos golpearon a los estudiantes que intentaban llegar al evento. La policía habilitó una entrada paralela pero se vio obligada a *colar* a los estudiantes con cuidado y de dos en dos. Parecía que fuera del teatro se estaba produciendo un apocalipsis zombi. Los policías me dijeron que tenían órdenes de permitir que los manifestantes hiciesen lo que quisiesen.

Ante tal situación, se nos ofrecieron dos opciones. Podíamos esperar a que el auditorio estuviese lleno, para lo cual serían necesarias unas dos horas, o podíamos empezar a pronunciar el discurso, aunque con poco público dentro del teatro. Decidimos dar por iniciado el acto, con la esperanza de que fuesen entrando más alumnos y con el ánimo de dejar claro que no nos íbamos a callar.

Conforme el acto fue progresando, los estudiantes que protestaban hicieron sonar las alarmas antiincendios. Las luces del auditorio se apagaron y las alarmas empezaron a sonar con fuerza. Mientras tanto, podíamos escuchar todo tipo de gritos desde el exterior, además de fuertes golpes contra las puertas del teatro. Insistí en continuar en aquellas condiciones, argumentando que nada iba a impedirnos el ejercicio de nuestra libertad de expresión.

Una vez concluí mi intervención, y quizá sintiéndome un tanto exaltado ante todo lo ocurrido, propuse al público